

Y el dardo en tu pecho
 Más hondo se fija.
 ¡Ay, que los ingratos
 No valen, amiga,
 Los crudos pesares
 Que da su perfidia!
 Ya del año ríe
 La estación florida
 Y vuelve á los campos
 La antigua alegría.
 Vuelve tú á la tuya,
 Y las auras mismas
 Que el lóbrego luto
 De invierno disipan,
 También desvaneccan
 Con ala benigna
 Tus negros cuidados,
 Tus penas esquivas.
 Torne á tu semblante
 Tu apacible risa;
 Las galas te adornen,
 Los gustos te sigan.
 Que en honda tristeza
 No quiere que giman
 La diosa de Gnido,
 Las Gracias festivas.
 Tan amable asco,
 Discreción tan fina,
 Y un pecho en que reinan
 Verdad y justicia,
 Son prendas, zagala,
 Que siempre cautivan,
 Y es bien ciego el hombre
 Que infiel-las olvida.
 Tú de sus mudanzas
 La venganza fia,
 Que el cielo á los tales
 Con ellas castiga.
 Llegará, no dudes,
 Tiempo en que se rinda
 A quien su cariño
 Le pague en delicias.
 Y desesperado
 Volverá la vista,
 Lanzando suspiros,
 Á la Andalucía.—
 Así abandonada,
 Del mar en la orilla
 La suerte lloraba
 De Minos la hija.
 ¿Qué fué del ingrato
 Que así la afligia
 Y ejemplo dió al orbe
 De tanta perfidia?
 Abrazos helados
 Y falsas caricias
 Le daba tan sólo
 Su cómplice indigna.
 Que adúltera luego,
 Furiosa, perdida,
 Llenó sus penates
 De eterna ignominia.
 Ariadna entre tanto
 Gozaba en su isla
 Consuelos de dioses
 Regalos de ninfas;
 Y esposa de un núnen,
 Al cielo subida,
 En trono de estrellas
 Espléndida brilla.

Marzo 18 de 1825.

VERSOS PARA LOS ÁLBUMS DE VÁRIAS DAMAS.

I.

A la señorita doña María Encarnación Fernandez de Córdoba (1),
 hija de los Marqueses de Malpica, á ruego de su tía la Marquesa
 de Cerralbo.

Tarde este libro á tus manos
 Se vuelve, niña gentil,
 Con el tributo de versos
 Que me piden para tí.

Bien quisiera yo que fueran
 Dignos de tu verde Abril,
 Tan frescos como la rosa,
 Tan puros como el jazmin;
 Y que volando atrevido
 A modo de aura sutil,
 Las alas de los amores
 Te pareciera sentir.

A haber gozado un momento
 De tu amable trato, al fin,
 Fueran más bellos, sin duda,
 Como inspirados por tí.

Una vez sola, al pasar,
 Cual relámpago te vi,
 Y no es más dulce la aurora
 Cuando comienza á reír.

Y al ver la gracia y la gala
 Con que brillabas allí,
 Entre las danzas festivas
 De las bellas de Madrid,

¡Bien dichoso es quien la adora!
 Sin poder más, prorumpí,
 ¡Y el que le deba un suspiro,
 Mil y mil veces feliz!

No pienses tú que desde
 Este acento juvenil
 De los años que severos
 Ya se agolpan sobre mí,
 Pues aunque no deba amar,
 ¡Por qué no podré aplaudir
 En el tributo de versos
 Que me piden para tí?

18 de Junio de 1825.

II.

A la señora doña Dolores Perinat de Pacheco.

Obedezco, y mi nombre en este pliego
 Pongo con mano incierta y temerosa;
 Porque versos escritos á una hermosa,
 Otra edad necesitan y otro fuego.

Viniera á mí tan poderoso ruego
 Al tiempo de mis años juveniles,
 Cuando al brillante sol de Andalucía,
 En mí algun rayo de entusiasmo ardía.

Mas ya agobiado con setenta abríles,
 ¡Pudiera yo cantar, y en versos bellos
 Dar mi feudo poético á Dolores
 Tal que la luz se reflejase en ellos?

Es imposible; en vano de las Musas
 Implorará el favor: ellas lo niegan,
 Y á cláusulas discordes y confusas
 Mi ya exánime acento al fin entregan.

Virgenes son: cual virgenes lozanas
 A la vejez se muestran desdofiosas,
 Y de la vista de Saturno huyen,
 Que agosta y quema sin piedad las rosas.

24 de Mayo de 1843.

III.

A la señorita doña T. F. y B.

Capricho al fin de mujer,
 Que, niña amable y hermosa,

(1) Hoy marquesa de Santa Cruz.

Piensa que no hay en el mundo
 Quien á su gusto se oponga,
 ¡Desgraciado así este libro
 Desde las primeras hojas,
 Y que las manche un anciano
 Con su verso ó con su prosa!

¿Quién te engañó, Teresita,
 Para que pidas ahora
 A un árbol caduco flores,
 A una árida peña aromas?
 Esto ya ves que no es dable
 Ni aun á tus labios de rosa,
 Ni á tu ademán inocente,
 Ni á tus ojos de paloma.

Los muchos años, amiga,
 De las gracias nos divorcian,
 Y á quien las gracias le faltan,
 Nada espere de vosotras.

Los requiebros os dan risa
 Si salen de nuestra boca,
 Las atenciones os cansan,
 No os obligan las lisonjas;

Y si algun consejo os damos
 De nuestra cosecha propia,
 Decís que á quien no los pide,
 Todos los consejos sobran.

Por eso en aquestos libros,
 Archivos de vuestras glorias,
 Donde guardais el incienso
 De los hombres que os adoran,

Entre mil rasgos brillantes
 De sus plumas ingeniosas,
 Impertinencias de viejo
 Da lástima que se pongan.

Ceso, pues, aquí en las mias,
 Y en verdad que no son pocas;
 Mas tú las disculparás,
 Por amable y por hermosa.

Madrid, 14 de Setiembre de 1843.

IV.

A la señorita doña Dolores Fajardo.

Rosa que nace en el jardín cercado,
 Del viento acariciada y del rocío,
 Crece allí con lozano señorío
 Del pié rústico libre y del arado:
 Así, Dolores, tú, bajo el sagrado
 Del albergue paterno recogida,
 Gozas la aurora de la dulce vida
 Exenta de peligro y de cuidado.

Mas no siempre en la rama protectora
 La rosa puede estar: llega su día,
 Y el amante solícito la lleva
 Como ofrenda votiva á su señora.

Tú eres feliz é independiente ahora;
 Mas también pasarás por esta prueba
 Cuando, asiendo tu mano, el Himeneo
 Del seno de tu padre cariñoso

Te lleve á las delicias de un esposo.
 ¡Détele Dios igual á tu deseo!
 ¡Détele amable, firme, generoso,
 De condicion benévola y sincera,

Que como á esposa sin igual te estime,
 Y como á dama sin cesar te quiera!

V.

A la señorita doña M. D.

De cuantos en este libro,
 Ya con versos elegantes
 O ya con prosa ligera,
 Te tributen su homenaje,

Unos serán tus amigos,
 Otros quizá tus amantes,
 Y todos en tu alabanza
 Procurarán esmerarse.

Quién dirá que á Apéles vences
 En dar la vida á un semblante,
 Cuando juega entre tus dedos
 Tan maravilloso el lápiz;

Quién, si tu sutil aguja
 Oro y matices reparte
 Sobre los lienzos que animas
 Con tu labor admirable,
 Dirá que asistir pudieras
 Al fabuloso combate
 En que igualar á Minerva
 Le costó tan caro á Aracne;

Quién, cuando á tus formas bellas
 Das movimiento en el baile,
 Y en mil gratos laberintos
 Llevas tus plantas fugaces,
 Te dirá que en cada vuelta
 Tu gentileza y donaire,
 Como embelesan los ojos,
 Arrastran las voluntades.

¿Qué no dirán? Mas yo dudo
 Que, por mucho que se afanen,
 Donde llegan tus primores
 Sus alabanzas alcancen.

No te diré que á las mias
 Fuera la empresa más fácil;
 Pero tendrán de sinceras
 Lo que de halago les falte.

El que fué tan caro amigo
 De tu generoso padre,
 Y gozó en su dulce trato
 Tantas horas agradables;

El que te vió tantas veces,
 Niña, en brazos de tu madre,
 Con tus pueriles caricias
 Pagar sus besos suaves;

Ese, al preguntar si alguno
 Con más véras que él te aplaude,
 Razon será que le crean
 Cuando responda que nadie.

VI.

A la señora doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda.

Ya la corona lírica tus sienes
 Con no usado esplendor ceñido habia,
 Cuando tú, en tu magnánima porfia,
 Lauro mayor á tu ambición previenes:

Y á vista de Madrid estremecido,
 Su puñal á Melpómene arrebatas,
 Y al noble Munio en su dolor retratas,
 Librándole por siempre del olvido (1).

Aspira á más; y si el valor guerrero
 Tal vez tu núnen sin igual inflama,
 Dale aliento á la trompa de la fama
 Y venza en fuerza y majestad á Homero.

Así crezca tu honor, Musa española.
 Sé del Parnaso gloria y esperanza,
 Y el mundo te tribute la alabanza
 Que nadie mereció sino tú sola.

Madrid, 24 de Junio de 1844.

VII.

Á la señorita doña Flora de Ferrer.

¿Qué pondré en verso yo aquí
 Para Flora de Ferrer,
 Que á su oído delicado
 Pueda llegar sin desden?

Galanterías desdícen
 De mi enfadosa vejez;
 Consejos, son importunos;
 Lisonjas, yo no las sé.

Mas diréle de su padre
 Que le conocí y amé,
 Y aunque han pasado ocho lustros,
 Es como si fuera ayer.

Que unas miras, un deseo
 Y una solícita fe
 Estrecharon estos lazos,
 Que no se han roto despues.

(1) Alude al drama trágico *Munio Alfonso*, de la señora Gomez de Avellaneda, representado por primera vez, en Madrid, en la primavera de 1844. (Nota del Colector.)

Saludo, pues, á su hija
Con el más vivo interés;
Y en ecos, si no elegantes,
Los más ingenuos tal vez,
Pido al cielo que de flores
Siempre sembrados estén
Los senderos de la vida
Para Flora de Ferrer.

Madrid, 15 de Setiembre de 1846.

VIII.

Á la señorita doña Aurora de Ferrer.

Al anunciar el alba el nuevo día,
Toman su propia forma y sus colores
El campo, el mar, los árboles, las flores,
Que la noche en sus sombras confundía.
Así da vida al mundo y alegría
Del rubio sol la blanca precursora;
Y así variando la apacible tinta,
Da lustre y nuevo sér á lo que pinta
Con su diestro pincel la amable Aurora.

1.º de Noviembre de 1846.

IX.

Á Facundita Honrubia.

Cuando el rigor de la desgracia un día
Me llevó encadenado al Pirineo,
Miserio triunfo y criminal trofeo
De la más ominosa tiranía,
La aurora de tu edad amanecía,
Y eras purpúrea flor que alza su frente
Al halago del céfiro inocente,
Y se abre á la esperanza y la alegría.
Allí tu canto resonó en mi oído;
Allí tu candoroso y dulce trato
Me defendió contra el desden ingrato
Del poder, en mi daño embravecido.
Vaya lejos de mí, puesta en olvido,
De su injusta opresión la triste idea;
Mas no así tu amistad consoladora,
No así la voluntad noble y sincera,
Que desde aquellos tiempos hasta ahora
Se ha mantenido sin mudanza alguna
En mi adversa y mi próspera fortuna.

Madrid, 20 de Febrero de 1847.

X.

Á la señora doña Carmen Quintana, esposa del ministro y general
Ros de Olano.

Que eres amable, y como amable hermosa,
Mil te lo han dicho ya; mil todavía
Te lo dirán también en verso y prosa,
Y yo, á ser más galán, te lo diría:
Que un destello tal vez de viva llama
Diera mi moribunda poesía
Para obsequiar tan elegante dama.
Mas lo veda mi edad; sesudo y grave
Tengo que ser como conviene á un viejo;
Y así, en vez de una flor vaya un consejo:
Ya que la suerte del poder al lado
Te puso como esposa y dulce amiga,
Haz que tu patria, complacida al verte
En esa cumbre, tu valor bendiga.
Un lauro que acrecientas á su gloria,
Un favor que te deba un desgraciado,
El bien que hagas, en fin, con más agrado
Se ha de pintar después en tu memoria,
Que ese esplendor de títulos y honores,
Que esa ilusión magnífica del mando,
Y más que ese tropel de adoradores
Que donde quier te sigue y te importuna
Colgada su esperanza en tu fortuna.

Madrid, 3 de Octubre de 1847.

XI.

Á la señora marquesa, vinda de Cerralbo.

Árdua es la prueba, generosa amiga:
¡Versos yo en este libro, y los primeros!
Dormida estaba tu razón sin duda
Cuando diste cabida á tal deseo.
Bien quisiera tener para agradarte
Aquel vigor antiguo y aquel fuego
Que animaban mi pluma en otros días
Y algunos lauros á mi frente dieron:
Cuando del mar en la tendida playa
Canté la gloria y el poder inmenso,
Alternando los sonos de mi lira
Con el són de las ondas y los vientos,
O cuando rayos sin cesar lanzaba
Contra el poder del despota europeo,
Dando en defensa de la patria mía
Ecos de libertad entonces nuevos.....

Aquel tiempo pasó; pedir ahora
La misma fuerza á mi cansado aliento,
Es en jardín talado pedir flores,
O la pompa del mando en un desierto.
Y aun si en este lugar me permitieses
Escribir todo el bien que de tí pienso,
Más fácil y agradable la tarea,
Más aplaudido fuera el desempeño.

Tú, empero, expresamente lo prohibes,
Acaso imaginando que el incienso
Rendido en tales libros á las damas
Tiene más de obligado que de ingenuo.
Cúmplase, pues, tu voluntad suprema;
Y, exentos de lisonja, yo te ofrezco
Versos que en nada tu modestia ofenden
Si es que son dignos de llamarse versos.

Y si alguno después cuando los lea
Quiere ceñido comparar con ellos
Las galas que en las páginas siguientes
Prodigarán el arte y el ingenio,
Di que el yerro fué tuyo, y que escuchando
Sólo de tu amistad el noble afecto,
Diste un prólogo insulso á un bello libro,
Diste un pórtico pobre á un rico templo.

Madrid, 20 de Febrero de 1848.

XII.

Á la señorita doña Eladia Espartero de Montesino.

Cumplo al fin mi palabra; y por ventura
Pudiera, amable Eladia, contentarte
El tributo de versos que te envío,
Si fuera fan feliz como tardío.
Porque falta el ingenio y falta el arte
Al que agobiado con ochenta abríles
Viene en esta contienda á tomar parte,
Propia sólo de alientos juveniles.
Ellos con otra gracia, otro colores,
En este libro escribirán primores;
Yo que ya por mi edad soy más severc,
Llamaré tu atención á aquellos días,
En que cercada de esplendor y gloria
Y debajo el laurel de la victoria
Sus bellas ramas por dosel tenías.

Modesta como flor allí crecías;
Modesta ahora también, tu hogar tranquilo
Fijas en el albergue respetable
Donde ciencia y virtud tienen su asilo;
Suerte por cierto digna y envidiable
Que tal vez no alcanzó mujer ninguna,
Pues ¡á quien si no á tí dió la fortuna
Tener siempre en su noble compañía
Gloria, valor, virtud, sabiduría?

8 Diciembre 1849.

XIII.

Á la señora doña Concha Martínez de Figueras, recién casada.

Pues mi nombre ya escrito en este libro,
No es bastante á mostrar mi buen deseo,

Y es preciso que en verso se presente
El tributo de honor que á Concha debo,
Obedécese al punto; y acatando
De quien así lo manda el justo imperio,
Id á los pies de Concha, versos míos,
Bien poco dignos de llamaros versos.
Yo la ví florecer desde la cuna;
Yo la ví, niña, en sus pueriles juegos
Triscar con sus alegres compañeras,
Y vencerlas en gracia y en aseo.

Creció después en gala y bizarría,
Ya respirando juvenil aliento,
Y era lo que en las selvas son las palmas,
Y lo que en las estrellas los luceros.
Y modesta y amable en donde quiera,
Delicia de sus padres, embeleso
De cuantos su presencia contemplaban
En la espaciosa calle y en los templos.

Un enjambre de amores la seguía:
¿Quién la tendrá? se preguntaban ellos,
Y avivando la duda y la esperanza,
¿Quién la tendrá? les replicaba el eco.
Hubo uno, en fin, que venturoso pudo
Llevar la ninfa al ara de Himeneo,
Y allí enlazar su vida con su vida,
Jurándose los dos amor eterno.
Las palabras que entonces pronunciaron
Subieron á las bóvedas del cielo,
Y el lazo que los une será al mundo
El más hermoso y envidiable ejemplo.

Madrid, 20 de Julio de 1850.

XIV.

Á la niña Eloísa d'Herbil, eminente pianista.

Cumplo lo que ofrecí, niña Eloísa:
Voy á escribir mi nombre es este libro,
Y así de los aplausos que en él leas
El tributo primero será el mío.
¡Ojalá fuera igual á lo que vales!
Mas el que no te ha visto ni te ha oído
No puede hablar de tí cual corresponde,
Aunque te admire como yo te admiro.

Felices son los que te ven y escuchan,
Los que gozan el mágico atractivo
Que tienen tu hermosura y la armonía
Para embargar el alma y los sentidos.
Y aunque niña inocente ya en tus ojos
Ven el destello del albor divino,
Que promete á su espléndida carrera
Un tan irresistible poderío.

Así el sol al nacer luce y no abrasa;
Más dejadle que avance en su camino,
Y al llegar con su carro al mediodía
Veréis que todo el aire está encendido.
Tal serás tú, maravillosa niña,
Tal serás tú, lindísimo prodigio,
Cuando en alas del génio alces el vuelo
Para honra de tu patria y de tu siglo.
Crece, vive feliz, corre la senda
Que á tu brillante gloria abre el destino;
Y yo que te lo anuncio, en estos versos
El más sincero parabien te envío.

Madrid 22 de Aril de 1855.

XV.

Á la señorita doña Pilar Sinués y Navarro, que habia hecho unos
versos á mi coronación.

Tú pusiste una flor pura y graciosa
En la corona que adornó mi frente,
Y á mí es muy grato en la ocasion presente
Ceñir tus sienas de flamante rosa.
Vas, amable Pilar, á ser esposa,
Consagrando en las aras de Himeneo
Tu libertad y gracias juveniles.
¡Dichoso á quien se guarda este trofeo!
Yo, aunque agobiado con ochenta abríles,
Tomo, cual debo, parte en tu alegría,
Y en débil, sí, pero sincero acento,
Tu nombre doy para aplaudirle al viento,
Y acompaño tu triunfo en ese día.

Madrid, 10 de Enero de 1856.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.